



José Luis De Diego
La edición de libros y el rol del Estado en Hispanoamérica
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Fondo de Cultura Económica
2025
134 páginas

PALABRAS CLAVE: HISTORIA CULTURAL—EDITORIALES—POLÍTICAS ESTATALES—HISPANOAMÉRICA
KEYWORDS: CULTURAL HISTORY— PUBLISHING—STATE POLICIES—LATIN AMERICA.

Una mirada minuciosa sobre un aspecto poco explorado por la crítica argentina: el Estado como editor

Elisa Calabrese¹

Si recordamos un poco los avatares de la teoría literaria en las últimas tres décadas del siglo XX, no podríamos omitir la poderosa influencia de lo que fuera conocido

¹ Elisa Calabrese (Argentina). Profesora y Doctora en Letras (UBA). Profesora Titular en el área de Literatura Argentina de la carrera de Letras de la UNMdP. Profesora extraordinaria en la categoría Emérita por la misma Universidad, desde el 2009. Directora del CELEHIS (Centro de Letras Hispanoamericanas) desde 1990 hasta 1996 y desde 2004 hasta 2013. Fundadora de la Maestría en Letras Hispánicas, que dirigió hasta el 2000. Obtuvo proyecto FOMEC en 1996 para dicho posgrado. Miembro fundador de la AELHIS (Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos), a la cual representó en Argentina desde 1995 hasta 1998 y nuevamente desde 2006 hasta 2010; Categoría de Investigación: 1. Desde su primer libro, *Nostalgia del futuro en la obra de Carlos Fuentes* (en colaboración con Liliana Befumo Boschi), Bs. As.: Editorial García Cambeiro, 1975, cuenta con numerosas publicaciones en revistas especializadas. Entre sus últimos libros, pueden mencionarse: *Animales fabulosos. Las revistas de Abelardo Castillo* (Elisa Calabrese y Aymar de Llano, eds.), Mar del Plata: Editorial Martín, 2006 y sus dos últimos libros *Lugar común. Estudios críticos de literatura argentina*. Mar del Plata: EUEM, 2009 y *Sábado. Historia y apocalipsis*. Córdoba: Alción editora, 2013.

como posestructuralismo, nombre que engloba los escritos de varios filósofos franceses, tales como Derrida, Foucault, Deleuze y otros, aunque entre sí no tuvieran demasiadas similitudes. Pero sí podríamos afirmar que, como consecuencia en común de sus reflexiones, la crítica literaria aspiró a lograr un estatuto autónomo, independizándose así de su función tradicional, subsidiaria del texto al cual comentaría, glosaría, explicaría o cuyo valor juzgaría. De este modo, el discurso crítico podría adquirir el mismo rango que cualquier otro género literario y abandonar toda pretensión de verdad. Lo dicho hasta aquí no intenta dar a conocer a nuestro eventual lector nociones sobradamente sabidas, sino que enmarca irónicamente el libro de un autor situado en las antípodas de esas posiciones. En efecto, José Luis de Diego, a lo largo de toda su abundante producción crítica, toma en cuenta la materialidad de la literatura: el libro como objeto, el autor como sujeto situado en un tiempo y lugar históricos, el contexto cultural como espacio de complejos cruces, en síntesis: presta atención al libro como uno de los elementos esenciales del campo cultural y estudia minuciosamente los mecanismos de su producción. Tal como he destacado en otros comentarios sobre sus textos críticos, el apego de De Diego a una mirada sociológica de la literatura muestra a la vez rigor y originalidad.

En este nuevo libro, el autor expande las fronteras de su tarea crítica; ya no se trata solamente de los escritores y sus textos, sino de las editoriales y el papel del Estado en ellas: la génesis de su fundación, las políticas editoriales, la trayectoria a través de varias décadas (al respecto, tómese en cuenta que algunas de ellas subsisten en la actualidad) y los condicionantes que el contexto impone a sus decisiones específicas. Me resulta imprescindible citar un párrafo del prólogo pues en él, De Diego expone con claridad su método de trabajo. Luego de señalar sus opciones básicas, es decir si elegir un análisis descriptivo o prescriptivo al construir una historia editorial, el autor sostiene lo siguiente: “En el presente trabajo, he optado por el primer camino: el de describir analíticamente seis casos altamente significativos de participación y presencia de un Estado editor en Hispanoamérica” (11). Los casos elegidos son, para un lector que ha frecuentado la literatura de los países hispanoamericanos, muy conocidos y de gran importancia en la circulación y consagración de textos y autores del continente, se trata de Fondo de Cultura Económica de México; Colección de Clásicos Uruguayos “Biblioteca Artigas”, de nuestro país vecino; Editorial Universitaria de Buenos Aires, de Argentina; Monte Avila Editores y la Biblioteca Ayacucho, ambas de Venezuela y Editora Nacional Quimantú, de Chile. Esta investigación, organizada con características precisas, permite advertir las herramientas utilizadas: las fuentes están rigurosamente señaladas en todos los casos, se sigue un orden cronológico en la presentación de cada sello, desde su constitución hasta sus implicancias ideológicas, jurídicas e

institucionales, y el método permite advertir tanto las similitudes cuanto las diferencias entre ellos.

La primera de las editoriales que ocupa el desarrollo del libro es *Fondo de cultura económica (F.C.E)*. Esta primacía no es arbitraria, se trata de la precursora, así como la más importante y conocida de las editoriales estudiadas: la fecha de sus comienzos señala como su germen la inquietud de la llamada “generación de 1915” a la que pertenecen nombres ilustres como Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y otros de similar trascendencia intercontinental. El rol del último de los nombrados fue decisivo, pues en 1920 fue designado Rector de la Universidad Nacional y posteriormente ocupó el cargo de Secretario de Educación pública; sus gestiones se propusieron llegar con políticas educativas a las clases populares y a los sectores rurales, aún a los alejados de los centros urbanos. El autor destaca que al propiciar el primer congreso internacional de estudiantes, generó una duradera influencia en los jóvenes y en ese transvase generacional se destacaron figuras que luego tendrían un papel destacado en el futuro sello editorial. Se desarrolla así un ideario americanista que se consolida a partir de la Revolución mexicana de 1910 y el movimiento reformista argentino. Es importante señalar que el americanismo, según precisa De Diego, “...abrió una cuña original entre el internacionalismo postulado por los partidos de izquierda y algunos sesgos hacia el indigenismo y el nacionalismo dominantes en países como Perú y visibles en el ensayismo de José Carlos Mariátegui” (16). El rasgo utopista ligado a lo americano se fundaba en y contrastaba con la decadencia de la vieja Europa, asolada por las secuelas de la gran guerra y en la idea de revolución aunque incruenta. Tales condiciones, señala De Diego, se manifiestan en la colección “Tierra Firme” del sello estudiado, puesta en marcha en 1944. Daniel Cosío Villegas, a cargo del departamento de publicaciones de la Secretaría, observaba que el mercado de libros en México era débil y requería urgente modernización. Veía que los grandes clásicos de su disciplina (era economista) no se traducían, que los estudiantes no manejaban otras lenguas y que todo eso implicaba retraso intelectual. Se contactó con varias importantes editoriales españolas, pero esta iniciativa no tuvo éxito y, por tanto, en la década del ’30 comienza a madurar el proyecto que cuajará con la fundación del FCE en 1934. Las instituciones que aportan capital a la editorial son del gobierno, pero hay el propósito de que el poder político no interfiera con los criterios específicos que manejaban los responsables de la editorial. Esto, naturalmente, no es siempre fácil y el autor da cuenta de sucesivos conflictos y vaivenes en esta relación, con momentos de espaldarazo oficial a los proyectos y otros al contrario. Desde 1937, con Cosío como Director, la editorial conoce un vertiginoso crecimiento, pero también fue decisiva la llegada de los españoles republicanos exiliados a México. El

estudio culmina con la descripción de las cuatro directrices que guiaron la tarea del FCE, su proyección intercontinental y las etapas de su dilatada trayectoria.

Unas pocas líneas pueden resumir el estudio de la editorial uruguaya “Biblioteca Artigas”, pues en verdad, el desarrollo del libro, el público lector y los autores locales fue notablemente escaso y en verdad, el órgano que modifica el panorama es el semanario *Marcha*, fundado en 1939. El capítulo dedicado a nuestra vecina república oriental despliega, sobre todo, los nombres de autores y críticos vinculados a esta revista literaria, al archivo Artigas, iniciado en 1950, y a los clásicos literarios del país.

En contraste con lo anterior, el capítulo dedicado a *EUDEBA* (Editorial Universitaria de Buenos Aires) es extenso y detallado, debido a la importancia de una editorial situada en la década conocida como “los sesenta”, que los historiadores inician en 1955, año del derrocamiento del gobierno constitucional de Perón por un golpe militar. Esta década se caracterizó por una gran efervescencia intelectual y un importante florecimiento tanto en lo estético cuanto en lo político. La editorial surge de una iniciativa, en 1958, del entonces presidente Arturo Frondizi, quien convoca a Orfila Reynal, a la sazón a cargo del FCE de México, para fundarla. Además de la organización, Orfila designa como gerente editorial a Boris Spivacow, quien en una década de gestión la llevó a su culminación. El capítulo sigue el hilo de una trayectoria que marca uno de los momentos más productivos culturalmente en nuestro país, para finalizar con la caída que en éste, como en otros tantos aspectos, significó el golpe de Estado que dio el poder al general Onganía en 1966.

Antes de ocuparse del sello venezolano *Monte Avila editores*, el autor nos ubica en el contexto con un rápido paneo por la situación de “...un extenso período de estabilidad democrática...” (63) en Venezuela, a partir de 1958, asentado en la estabilidad económica producida por el *boom* petrolero. El análisis del capítulo se detiene en el campo de la cultura, las instituciones del estado, el premio Rómulo Gallegos y su impulso a las figuras señeras de la llamada “nueva novela latinoamericana”: Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez entre otros de similar envergadura. Entre estas directrices se forja la idea de la editorial venezolana, proyecto que aparece sintetizado en el diario de Emir Rodríguez Monegal, quien ha sido invitado a Venezuela para la entrega de la primera edición del premio citado. En la entrada del 13 de agosto de 1967, el crítico uruguayo, saliendo ya de Caracas, escribió, camino al aeropuerto, lo siguiente: “Allí terminamos de hablar de un gran proyecto (...) una editorial venezolana modelada sobre el Fondo de Cultura Económica de México y la Editorial Universitaria de Buenos Aires...” (66). En párrafo aparte, el capítulo reseña los avatares de los giros políticos de Monegal en el contexto político del convulsionado Uruguay y la acción de los exiliados uruguayos en Venezuela. Entre esas personalidades, el capítulo se

detiene en destacar a Monegal y a Ángel Rama, cuyas iniciativas fundan Arca, la emblemática editorial uruguaya y su sede argentina, cofundada por Héctor A. Murena. Es importante advertir que Monte Avila publica libros teóricos y críticos que dan cuenta de los debates de los años 60. Como ejemplo, De Diego escoge citar *Intervenciones*, de Theodore Adorno, *El libro que vendrá*, de Maurice Blanchot y textos que luego serían canónicos en la tradición de teoría literaria producida en Hispanoamérica, como los libros de Guillermo Sucre, Jean Franco y Antonio Cándido, entre otros. En su primera década, Monte Avila llegó a publicar 739 libros, en las décadas de los '80 y '90, llegaron a ser de 60 a 80 títulos por año. Ya en los albores del siglo XXI, el sello editorial deja ver la influencia del gobierno de Chávez dejando asomar una política nacionalista y antimperialista, hostil a los autores extranjeros.

El capítulo correspondiente al estudio de *Editora Nacional Quimantú*, de Chile, difiere de los anteriores en que se dedica a visión más general sobre la realidad chilena, pues en palabras de De Diego: “Pero, más allá del impulso de las empresas editoras nacionales, una vez más es necesaria una mirada ampliada, continental, para advertir, en las redes creadas por el nomadismo político, una de las causas de la bonanza editorial transandina (...) por el lugar propicio que resultó Chile para refugiados peruanos y venezolanos” (80). Uno de estos exiliados políticos, Luis Alberto Sánchez, publica sus memorias en 1976 y menciona intelectuales que recalaron en Chile entre los que se encuentran cinco futuros presidentes de repúblicas latinoamericanas. Son los veinte años del rectorado de Juvenal Hernández Jaque al frente de la Universidad de Chile (1933-1953). El americanismo que se consolidó en Santiago tuvo su correlato en un americanismo comercial de proyección continental entre 1938 y 1942, Ercilla (un precursor fundamental, con la editora Zig-Zag) había abierto sucursales en Argentina, Cuba, Colombia, México y Uruguay. Hacia fines de los sesenta, se presentaron dos proyectos que postulaban la creación de una editorial del Estado, uno de ellos en 1967, fue iniciativa del entonces senador Salvador Allende. Cuando éste asciende a la presidencia, el cambio de rumbo en la política del mercado de libros es impactante. El 12 de febrero de 1971 el gobierno compró los activos de la editorial Zig-Zag y le cambió el nombre por *Quimantú*, palabra indígena que se traduce como “sol del saber”; los sucesivos responsables fueron siempre de tendencia izquierdista. El origen y la concepción de *Quimantú* se reconocen fuera de Chile, su precedente es la gestión de José Vasconcelos como secretario de educación durante la presidencia de Obregón en México, durante la década del veinte. Esa tendencia izquierdista, manifiesta en diferentes partidos que tenían representación en la editorial, generó que se publicaran autores que posteriormente serían inconciliables por la dureza del régimen soviético y sus purgas. Así, por ejemplo, la publicación en dos tomos de la *Historia de la revolución*

rusa, de Lev Trotski, provocó presiones del embajador ruso sobre Allende, por considerar esa obra “inamistosa”. Una vez más, como ocurre en nuestros países, el golpe de Pinochet, en 1973, cerró la editorial chilena.

Resta comentar brevemente, a fin de no exceder el espacio de esta reseña, el capítulo dedicado a la *Biblioteca Ayacucho*. Para ello, De Diego retoma sus consideraciones desarrolladas para Monte Avila, vinculando el boom petrolero de la Venezuela de los años sesenta, cuando este país nacionaliza el petróleo, con la política cultural. Una nueva cita lo expone claramente. Escribe De Diego: “Venezuela se sumaba a una tercera posición respecto de los bloques hegemónicos y esa estrategia requería sólidos respaldos intelectuales que la justificaran [...] un nuevo nacionalismo antimperialista distanciado tanto de Cuba y el bloque soviético como de las aventuras foquistas de la guerrilla. Una izquierda constitucional, de perfil socialdemócrata” (94). De allí los orígenes de la *Biblioteca Ayacucho*, a cargo de Ángel Rama, es un decreto del presidente Pérez de 1974. A continuación, el capítulo desmenuza las iniciativas de Rama, las colecciones y el florecimiento de una de las empresas culturales más significativas de América latina dando cuenta, además de las críticas y fuertes debates ideológicos que se generaban en los congresos de escritores e intelectuales propiciados por la Biblioteca.

Resta decir que, desde mi perspectiva de lectura, este libro resulta ser una culminación en la trayectoria de escritura de su autor, donde se despliega en gran medida el alcance de sus intereses, como es fácil advertir si revisáramos la producción de De Diego, donde encontraríamos los títulos de numerosos trabajos dedicados a la historiografía literaria.